

IN MEMORIAM

MIGUEL SANCHO IZQUIERDO

El que fuera uno de los más conocidos filósofos del derecho de España, primer Profesor Ordinario de esa disciplina en la Universidad de Navarra, falleció el pasado día 2 de diciembre de 1988, tras una dilatada y fecunda vida casi centenaria. En homenaje a su memoria, reproducimos la homilía que pronunció el sacerdote y prestigioso catedrático de Historia del Derecho, Prof. D. José Orlandis, en la misa funeral que por el alma del ilustre finado se celebró en la Universidad de Navarra el día 19 de diciembre de 1988.

Nos hemos reunido para celebrar la Sagrada Eucaristía en sufragio de nuestro muy querido hermano y amigo don Miguel Sancho Izquierdo, que el Señor llamó hace algunos días a gozar en la Casa del Padre de las alegrías de la vida eterna. Es natural -y un deber de justicia- que la Universidad de Navarra celebre estos sufragios, pues don Miguel ha estado íntimamente unido a ella y a su historia. Primero, fue maestro en Zaragoza del Fundador de la Universidad de Navarra y del Opus Dei, el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer. Segundo, fue doctor *honoris causa* de la Universidad de Navarra, investido el 28 de noviembre de 1964, el primero en recibir esta distinción, junto con don Juan Cabrera, entonces Rector de Zaragoza. Tercero, fue maestro en



esta Universidad, cuando, jubilado por imperativo administrativo de su cátedra de Zaragoza, se incorporó a este Claustro y en la Universidad de Navarra coronó su larga vida de profesor universitario.

Pero don Miguel ocupa un lugar muy especial en mi propia vida y tal vez por esto la Universidad ha querido que celebre yo esta misa por su alma. Lo conocí en 1941 ó 42: me lo presentó en Madrid López Ortiz, en el Hotel Victoria, Plaza del Angel, de donde era viejo cliente. Fue durante muchos años mi primer Rector en Zaragoza y siempre tuve con él una buenísima, entrañable amistad, prolongada hasta el final de su vida. Por eso me siento autorizado para recordar algunos rasgos inolvidables de su personalidad.

Primero, fue un hombre profundamente bueno, sin doblez ni engaño, como Natanael. Un hombre -me atrevo a decirlo- a la medida del corazón de Dios.

Segundo, fue un cristiano ejemplar: de fe recia y profunda piedad; su queridísima parroquia de San Felipe queda un poco huérfana sin ese feligrés ejemplar, el *hermano Miguel* como le llamaba Gella por su sencillez franciscana.

Tercero, don Miguel -con su amadísima esposa doña Pilar- hicieron de su casa de Torrenueva, un hogar luminoso de familia cristiana. Y el Señor bendijo generosamente su amor. La bendición bíblica de conocer la tercera y cuarta generación, la propia de los Patriarcas, ha hecho larga, plena y fecunda, la vida de don Miguel.

Cuarto, pero -aunque suene a paradoja- vida larga, mas nunca vejez. Don Miguel fue siempre un hombre joven; se cumplió en él aquello del Salmo: *al Dios que es la alegría de mi juventud*. Tuvo siempre una visión positiva de las cosas: hasta de su cese como Rector; al día siguiente entró riéndose y divertido en la Sala de Profesores: "*¡Tantos años de Rector, viniendo a la Universidad en coche, ¿saben lo que me ha pasado?....: que al tomar el tranvía no sabía cuál era el precio del billete!*"... Fue joven porque se ilusionaba por todo: desde el arte a la música, desde el esperanto al

fútbol, apasionado del Zaragoza. Por eso ha vivido más de noventa y ocho años y ha muerto joven.

Quinto. Un aspecto todavía: fue un cristiano integral, y por coherencia, comprometido en la vida pública. Diputado a Cortes, Procurador, y hasta Presidente del Honor del P.A.R. Estuvo presente en la actividad política por imperativo de conciencia: para servir los intereses de Dios y de la sociedad y el bien común de España y de su tierra aragonesa. Y es que no había causa noble, iniciativa limpia, a la que no prestara su apoyo entusiasta.

Que nadie vea en estas palabras ni panegírico ni apología: es que don Miguel fue así y ese esbozo de su figura responde a la simple verdad. Cuando le llegó la muerte, la vió acercarse con la paz del hombre de fe, con la serena esperanza del discípulo de Cristo. Percibió la voz del Señor que le advertía que era ya la hora de pasar de este mundo a la vida eterna, y estoy seguro que le respondió con sencillez: *ecce ego quia vocas me*. Pidamos fervientemente que le conceda un gran premio en la Gloria, junto al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo y a Santa María. Y que nosotros sus amigos en esta vida podamos un día seguir gozando de su amistad en las alegrías sin término de la vida eterna.

JOSÉ ORLANDIS